

La lluvia de cruces

W. de Fonvielle

NOTA PRELIMINAR: Esta crónica apareció publicada, bajo el epígrafe *CURIOSIDADES DE LA METEOROLOGÍA*, en el nº 34 de la Revista Europea, del 18 de octubre de 1874; páginas 513-514. En esta transcripción se ha respetado la grafía original.

Un gran número de cronistas de la Edad Media refieren fenómenos parecidos al que constituye el objeto de esta noticia; pero la mayor parte pertenecen al dominio de la fábula.

Nos vemos, sin embargo, obligados á admitir la autenticidad de los fenómenos extraños que acompañaron á la erupción del Vesubio de 1660. Las cruces que cayeron entónces de las regiones superiores del firmamento, fueron, en efecto, observadas científicamente por el P. Kircher, físico muy hábil.

La erupción de 1660 no dió lugar, según parece, á temblores de tierra violentos, ni á la emisión de grandes columnas de lava. El volcán se descargó principalmente, como otras veces, después de un silencio prolongado, por la proyección de abundantes cenizas, lanzadas en masas considerables, capaces de sepultar ciudades enteras. Esto es, como se sabe, lo que sucedió en Pompeya, en 79, cuando el Vesubio, que se creía muerto, se despertó de un modo tan abundante. Las cenizas iban acompañadas de gases no respirables, ó mofetas tan intensas, que Plinio el viejo quedó sofocado, aunque se hallaba todavía á gran distancia del cráter, pues apenas se había separado de la orilla del mar en que acababa de desembarcar.

Las cenizas del año 1660 tuvieron de particular que llegaron á Nápoles arrojadas por aires violentos. Las que cayeron en el suelo se cubrieron rápidamente de eflorescencias que tenían emanaciones de la misma naturaleza que las que habían sido tan funestas al naturalista romano. Todos los gases que contenían se exhalaban; en efecto, el ambiente estaba seco, porque corrían los primeros días del mes de Julio.

No es, pues, sorprendente, que aquellos vapores que se depositaban en parte en la superficie de la ceniza, hubiesen dejado caer cristales sobre todos los objetos, en medio de los cuales se proyectaban las cenizas. El P. Kircher ha dejado una serie de figuras destinadas á probar que las cruces no tienen nada de constante en sus dimensiones, ni aún en su forma. Varias de estas cruces tienen más de dos brazos, y algunas tienen hasta cinco ó seis.

Estas señales nos demuestran que esas figuras eran producidas por una aglomeración irregular de cristales, procedentes del depósito rápido de una sal cristalizante en pequeños prismas, y en la cual se puede reconocer el clorhidrato de amoníaco. Los dibujos del P. Kircher, por muy ordinarios que sean, parecen indicar la forma particular de esa sal, cuya producción es tan natural en circunstancias parecidas á las que describimos.

En efecto, las cenizas pueden estar saturadas por los torrentes de ácido clorhídrico que produce la erupción, y este ácido debe encontrar en el aire los compuestos amoniacales

necesarios á la formación de agujas cristalizadas, cuya aparición sorprendió á las poblaciones en que se produjeron.

Una de las circunstancias que contribuyeron á extender en Nápoles una especie de terror, era que las cruces parecía que se adherían con preferencia á los vestidos de los hombres y las mujeres, como lo revela una sencilla figura que hay en la obra de Lycosthenes sobre estos prodigios. Pero el P. Kircher no ha tenido gran trabajo para contestar á esta objeción. En efecto, las cruces eran de color gris, lo cual hacía que se las viera con dificultad cuando caían en los suelos y paredes. Parecían tanto más numerosas, cuanto los objetos se prestaban mejor á ponerlas en relieve.

No sabemos si será posible reproducir directamente en un laboratorio la formación de pequeños cristales análogos á los que nos describe el P. Kircher. Pero esta prueba no debe ser considerada como necesaria. En efecto, nadie se niega á creer que los copos de nieve son producidos por la congelación del agua, aunque no se puedan producir en los laboratorios las formas extrañas que excitan siempre la sorpresa de los físicos.

El P. Kircher ha hecho observar igualmente que las cruces no duraban todas el mismo tiempo, y que algunas parecían disolverse en el aire húmedo, lo cual es fácil de comprender, pues su formación había sido ayudada por la gran sequedad del aire, puesto que la erupción había tenido lugar en la canícula. Algunas dejaban sobre los vestidos manchas permanentes, como si estuvieran impregnadas de un líquido ácido.